

PERIODO 123º



REPUBLICA ARGENTINA

DIARIO DE SESIONES

CAMARA DE SENADORES DE LA NACION

6ª REUNION – SESION ESPECIAL
6 DE ABRIL DE 2005

Presidencia del señor presidente provisional del Honorable Senado doctor Marcelo A. H. Guinle

Secretarios:

Señor JUAN H. ESTRADA y señor CARLOS A. MACHAROLI

Prosecretarios:

Señor JUAN J. CANALS, señor JOSE D. CANATA y señor RICARDO N. GUTIERREZ



PRESENTES:

AGÚNDEZ, Jorge A.
 AVELÍN, Nancy B.
 BAR, Graciela Y.
 BUSSI, Ricardo A.
 CAFIERO, Antonio F.
 CAPARRÓS, Mabel L.
 CAPITANICH, Jorge M.
 CAPOS, Liliana
 COLOMBO de ACEVEDO, María T.
 CONTI, Diana
 CURLETTI, Mirian B.
 DANIELE, Mario D.
 FALCÓ, Luis
 FERNÁNDEZ, Nicolás A.
 FERNÁNDEZ de KIRCHNER, Cristina E.
 GALLIA, Sergio A.
 GIUSTI, Silvia E.
 GÓMEZ DIEZ, Ricardo
 GUINLE, Marcelo A. H.
 ISIDORI, Amanda M.
 JAQUE, Celso A.
 JENEFES, Guillermo R.
 LATORRE, Roxana I.
 LEGUIZAMÓN, María L.
 LESCANO, Marcela F.
 LÓPEZ ARIAS, Marcelo E.
 MARÍN, Rubén H.
 MARINO, Juan C.
 MARTÍN, Floriana N.
 MARTINAZZO, Luis E.
 MASSONI, Norberto
 MASTANDREA, Alicia E.
 MAYANS, Miguel A.
 MAZA, Ada M.
 MERA, Mario R.
 MIRANDA, Julio A.
 MORALES, Gerardo R.

MÜLLER, Mabel H.
 NEGRE de ALONSO, Liliana T.
 OVIEDO, Mercedes M.
 PAZ, Elba A.
 PERCEVAL, María C.
 PICHETTO, Miguel A.
 PINCHETTI, Delia N.
 PRADES, Carlos A.
 REUTEMANN, Carlos A.
 RÍOS, Roberto F.
 SÁNCHEZ, María D.
 SANZ, Ernesto R.
 SAPAG, Luz M.
 TAFFAREL, Ricardo C.
 TERRAGNO, Rodolfo H.
 URQUÍA, Roberto D.
 YOMA, Jorge R.
 ZAVALÍA, José L.

AUSENTES CON AVISO:

ARANCIO, Lylia M.
 CASTILLO, Oscar A.
 CASTRO, María E.
 GALLEGO, Silvia E.
 GIUSTINIANI, Rubén H.
 IBARRA, Vilma L.
 MARTÍNEZ PASS de CRESTO, Laura
 OCHOA, Raúl E.
 ROSSI, Carlos A.
 SAADI, Ramón E.

EN COMISION:

ESCUDERO, Sonia M.
 GIRI, Haide Delia
 LOSADA, Mario A.
 MENEM, Eduardo
 PUERTA, Federico R.
 SALVATORI, Pedro

SUMARIO

1. **Manifestaciones en minoría** . (Pág. 2.)
2. **Izamiento de la bandera nacional** en el mástil del recinto. (Pág. 3.)
3. **Convocatoria a sesión preparatoria**. (Pág. 3.)
4. **Homenaje al Sumo Pontífice Juan Pablo II** (S.- 620, 621, 626, 642, 643, 646, 647, 648, 655, 657, 663, 671, 672, 674, 689, 694 y 696/05). Se aprueba. (Página 3.)
5. **Apéndice**.
 - I. **Sanciones del Honorable Senado**. (Pág. 14.)
 - II. **Inserciones**. (Pág. 15.)

—En Buenos Aires, a las 11 y 46 del martes 24 de febrero de 2005:

1

MANIFESTACIONES EN MINORIA

Sr. Pichetto. — Señor presidente: solicito que se convoque a los senadores que están en sus respectivos despachos a bajar al recinto. Ya tenemos media hora de demora.

Sr. Presidente (Guinle). — Les solicito a los asistentes de bloque, si son tan amables, requerir la presencia de los señores senadores que están en sus despachos.

—Luego de unos instantes:

Sr. Pichetto. — Señor presidente: aun cuando no tengamos el quórum que establece el reglamento, empecemos con la sesión.

Sr. Presidente (Guinle). – Por favor: que los señores asistentes de bloque insistan con el llamado. Si los señores senadores presentes toman asiento...

–Luego de unos instantes:

Sr. Presidente (Guinle). – Si toman asiento, estamos en condiciones de iniciar la sesión.

–A las 17 y 12:

Sr. Presidente (Guinle). – Con quórum suficiente queda abierta la sesión pública especial convocada a efectos de honrar la memoria de Su Santidad el Papa Juan Pablo II con motivo de su deceso.

2

IZAMIENTO DE LA BANDERA NACIONAL

Sr. Presidente (Guinle). – Invito a la señora senadora Amanda Isidori a izar la bandera nacional en el mástil del recinto y a los presentes a ponerse de pie.

–Puestos de pie los presentes, la señora senadora Isidori procede a izar a media asta la bandera nacional en el mástil del recinto. (*Aplausos.*)

3

CONVOCATORIA A SESION ESPECIAL

Sr. Presidente (Guinle). – Por Secretaría se dará lectura al decreto de citación pertinente.

–El texto es el siguiente:

Buenos Aires, 5 de abril de 2005.

VISTO:

La solicitud formulada por varios señores senadores y señoras senadoras, en la que se solicita se convoque a sesión pública especial con el objeto de manifestar su pesar por la desaparición física de su Santidad Juan Pablo II y rendirle homenaje y reconocimiento por su pontificado; y

CONSIDERANDO:

Que dicha solicitud, en virtud de su carácter, se encuadra en las disposiciones reglamentarias en vigencia.

Por ello:

El presidente del Honorable Senado de la Nación

DECRETA:

Artículo 1º – Por Secretaría cítase a los señores senadores a sesión pública especial para el día 6

del corriente, a las 15.30, con el objeto de manifestar el pesar del Honorable Senado por la desaparición física de Su Santidad Juan Pablo II y rendirle homenaje y reconocimiento por su pontificado.

Art. 2º. – Dese cuenta oportunamente al Honorable Senado.

Art. 3º. – Comuníquese.

DANIEL O. SCIOLI.

Juan H. Estrada.

4

HOMENAJE AL SUMO PONTIFICE JUAN PABLO II

Sr. Presidente (Guinle). – Tiene la palabra el señor senador Cafiero, que va a hablar en nombre del bloque Justicialista.

Sr. Cafiero. – Señor presidente, señores senadores: vamos a testimoniar nuestro homenaje a una figura ilustre del siglo XX que proyecta su actuación y su liderazgo a este siglo que vivimos. Juan Pablo II fue un líder político. Lo dice Mariano de Vedia en un artículo del diario “La Nación”, con las siguientes palabras: “Fue un líder político en sentido pleno en momentos que en muchos países la política está desprestigiada. Karol Wojtyla significa la recuperación de la política en su mejor sentido. Lo alegraría a Aristóteles”.

Por eso, como hombre de la política, no puedo menos que recordar alguna de sus definiciones que creo que nos atañen a todos los que estamos sentados en estas bancas: “Si la política o la democracia no está guiada por una verdad última que ilumine a los senderos del hombre se vuelve un instrumento de los totalitarios, porque democracia sin valores no es democracia”. También dijo Juan Pablo II: “La vocación por la política es, después de la vocación religiosa, la más eminente y noble en el ser humano...”; pero a continuación agregaba: “Hay que observar que si no existe una verdad última, la cual guía y orienta a la acción política, entonces las ideas y las convicciones humanas pueden ser instrumentadas fácilmente para fines de poder. Una democracia sin valores se convierte con facilidad en un totalitarismo visible o encubierto, como demuestra la historia”. Esto fue lo que dijo Juan Pablo II en la encíclica *Centesimus Annus*.

Juan Pablo II gobernó la Iglesia Católica durante veintiséis años. Es el tercer período más

largo de la historia de dos mil años que acumula detrás de sus espaldas la Iglesia Católica Romana. Es el Papa número 264 y el primer pontífice no italiano en más de cuatro siglos. Presidió los destinos de una comunidad que la forman 1.100 millones de católicos dispersos, 500 mil catequistas y laicos misioneros, 4.257 obispos, 404.000 sacerdotes, 848.000 monjes.

Todos recordamos que durante los años de la Segunda Guerra Mundial le preguntaron a Stalin si convenía o no que los aliados tuvieran buenas relaciones con el Papa, y Stalin respondió con una frase que se hizo famosa: “¿Cuántas divisiones tiene?”, aludiendo a los “armamentos”, a la “potencia bélica” de la Iglesia Católica, esto es el número de sus creyentes y los hombres que desempeñan funciones de autoridad dentro de su organización.

El papa Juan Pablo II no sólo se caracterizó por haber rehabilitado el rol de la política en el mundo, sino que también pudo ser llamado el Papa viajero. Observen ustedes, señores senadores, que durante su mandato visitó 133 países, hizo 143 visitas pastorales dentro de Italia, recorrió aproximadamente un millón trescientos mil kilómetros, convirtió en santos a 469 fieles católicos y habilitó, etapa previa a la canonización, a otras 1.314 personas. Nombró a 232 cardenales, escribió 14 encíclicas, 13 exhortaciones apostólicas, 11 constituciones apostólicas, 42 cartas apostólicas y varias cartas *motu proprio*, en total, 108 documentos.

Quiero demostrar con esto que, ante el Papado de Juan Pablo II, nos hemos encontrado con algo que es absolutamente inédito en la historia de la Iglesia Católica.

Pedro, el primer Papa según la tradición católica, seguramente no hubiera imaginado en sus cortos viajes de Palestina a Roma que el mundo iba a presenciar con el tiempo este despliegue realmente inaudito de movilidad que Juan Pablo II ofreció a lo largo de su vida. Juan Pablo II terminó su mandato con una muerte digna. Lo digo así porque en los últimos momentos de su existencia no se sometió a los dictados de la tecnología terapéutica.

Pudo haber muerto en la sala de cuidados intensivos de algún hospital, pero prefirió morir tranquilamente en su lecho de enfermo. No hizo de la tecnología médica un elemento para prolongar su vida, más allá de las posibilidades hu-

manas que ya venía registrando en los últimos tiempos de su vida.

Juan Pablo II asistió a hechos trascendentales en la historia del mundo, a cambios dramáticos: por ejemplo, el fin de la guerra fría, el derrumbe del marxismo y también, por qué no decirlo, vivió su desilusión por Occidente.

Porque Juan Pablo II, que venía de la Europa oriental, de su amada Polonia, creía ver en Occidente el faro, la luz que habría de iluminar los caminos de la humanidad. Sin embargo, tuvo que reconocer que Occidente se dejaba minar o gobernar por un capitalismo salvaje que acentuaba las desigualdades entre los hombres y justificaba la guerra por razones económicas, que es el espectáculo que hoy vemos desarrollarse ante nuestros ojos.

Fue un crítico del imperialismo, y esto viene a colación de algo que voy a tratar de decir en forma un tanto más expresa.

El papa Juan Pablo II ha sido caracterizado como un Papa reaccionario, regresivo, conservador. Pero yo tengo otra interpretación: creo que ha sido uno de los papas más progresistas que ha tenido la Iglesia Católica.

Por eso, en su momento, pudo denunciar al imperialismo. “Si ciertas formas de imperialismo moderno [ha dicho] se consideran a la luz de estos criterios morales, se descubriría que bajo ciertas decisiones, aparentemente inspiradas solamente por la economía o la política, se ocultan verdaderas formas de idolatría, dinero, ideología, clase social y tecnología.”

En su momento, sostuvo la necesidad de evitar que los mecanismos de mercado sean el único punto de referencia de la vida social, manifestando que debía tenderse a someterlos a un control público que hiciera valer el principio del destino común de los bienes de la Tierra. Y dice en *Centesimus annus* que el instrumento básico es la participación democrática y que el triunfo de uno de los bandos que tuvo la guerra fría no fue el triunfo de un bloque sobre otro. No es la coronación del liberalismo.

¿Tendremos ahora, en cambio, a otra nación dominante y triunfadora? Eso es lo que nos hace llegar en su mensaje Juan Pablo II, revelando que no era un hombre que se sometía a los impulsos de la victoria, del poder o de la fuerza.

Por el contrario, se caracterizó por enfrentar —ésta es la palabra adecuada— ciertas políticas

unilaterales instaladas en los Estados Unidos por parte de su presidente Bush, y por sostener el privilegio de la paz. El Papa fue un amante de la paz. Por lo tanto, repudió esos criterios unilateralistas que hoy vemos insertados, tendientes a dominar el mundo a través de la teoría de las guerras preventivas y otros hechos que todos conocemos bien.

También propició el ecumenismo. Juan Pablo II no fue un Papa que se concentrara sólo en los fieles católicos, sino que salió al encuentro de otras religiones y buscó instalar con ellas un diálogo.

En ese sentido, en 1986 en la ciudad de Asís, en Italia, el Papa se reunió con el Dalai Lama, con el Gran Rabino de Roma, con los jefes musulmanes y con los jefes de las iglesias cristianas protestantes. Allí hicieron un ensayo de unidad religiosa, por encima de las separaciones propias de las divisiones que hoy todavía de alguna manera afectan el mundo de las religiones.

Juan Pablo II pidió perdón por algunas acciones históricas de la Iglesia. Esto es inaudito o, por lo menos, extraordinario. El Papa se plantó frente al mundo y a sus propios fieles y pidió perdón por lo que se hizo en otros tiempos de la Iglesia con los indígenas, o con Galileo Galilei.

También se refirió –de una forma más sutil– a las Cruzadas, que constituyen una de las glorias tradicionales de la Iglesia Católica, con motivo de la recuperación del Santo Sepulcro.

En cambio, Juan Pablo II se manifestó en contra todas las veces en que cristianos y musulmanes se ofendieran recíprocamente; llamó a los judíos “nuestros hermanos mayores”; visitó el Muro de los Lamentos; y también dijo una frase que para mí tiene un gran significado y que ha sido poco recogida por los medios en estos días, cuando se preguntó quién va a recoger las semillas de verdad que tiene el comunismo. Es decir, Juan Pablo II no fue un Papa secretario ni ausente de las realidades religiosas, políticas y filosóficas que dominan el mundo actual.

También criticó al capitalismo salvaje, tanto en su encíclica *Centesimus annus*, al cumplirse cien años de la *Rerum novarum*, como en la *Laborem exercens* y en la *Sollicitudo rei socialis*. Más aún, el Papa tuvo fuertes expresiones de condena hacia las deudas externas que agobian a los países en desarrollo.

En ese sentido, en una de sus intervenciones afirmó que el total de la deuda daña gravemente la economía y el nivel de vida de los países en desarrollo y que en ese cuadro los reembolsos exigibles cada año constituyen el factor más grave. No se puede pretender –dijo Juan Pablo II– que las deudas contraídas sean pagadas con sacrificios insoportables, sino que es necesario encontrar soluciones compatibles con el derecho fundamental de los pueblos para su existencia y progreso.

Entonces, vuelvo a la pregunta que formulé al principio: ¿estamos ante un Papa conservador?

Juan Pablo II ha sido el primer pontífice del siglo que provocó un cisma dentro de su propia comunidad, cuando tomó la amarga decisión de excomulgar al arzobispo cismático y ultraconservador Marcel Lefèbvre.

Condenó el embargo a Cuba; tuvo una larga charla con Fidel Castro y dijo: “Cuba debe abrirse al mundo, pero el mundo debe abrirse también a Cuba”.

Tuvo una vinculación muy estrecha con los jóvenes. Los jóvenes fueron un sujeto –llamado así– que lentamente fue dejado de lado por la Iglesia Católica. Juan Pablo II se preocupó por llamar a los jóvenes, por entenderlos y por compartir su música, sus ilusiones y sus ideales. Por eso digo bien si digo que el papa Juan Pablo II fue un Papa –aunque yo no empleo nunca este término porque tiene otras connotaciones– progresista. Pero de ninguna manera fue un Papa conservador. Quizás esta suerte de calificativo que uno encuentra en algunos comentaristas sobre la vida de la Iglesia lo sea por su posición firme e innegociable en temas de teología moral como el aborto, la contracepción artificial, la eutanasia, el celibato sacerdotal, el casamiento de los homosexuales, el sacerdocio de las mujeres, la indisolubilidad del matrimonio o la defensa de la familia.

A mi modo de ver –y ensayo una explicación– estas actitudes del Papa, que fueron también las actitudes de los cardenales y de los obispos que gobiernan la Iglesia se debe –y esto es una conjetura de mi parte– a que ha desaparecido el enemigo visible y principal de la Iglesia en los últimos siglos, que ha sido el ateísmo militante. Hoy la Iglesia no se ve agredida por el ateísmo militante sino que no se siente tal vez muy có-

moda con otro, no diría enemigo, sino adversario más sutil e inasible, que está dado por la indiferencia religiosa, la desacralización de la vida humana, la pérdida del espíritu de trascendencia o el agnosticismo. Estos son, para la Iglesia Católica o, la menos, para quienes queremos interpretar el pensamiento de Juan Pablo II, los temas que hoy más preocupan a la Iglesia. El ateísmo general y la pérdida del espíritu de trascendencia, porque todo esto, de alguna manera, debilita los lazos sociales. Todos estos aspectos de la vida de los hombres de hoy llevan a la disolución de los valores y debilitan los lazos sociales afectivos, amistosos. No se crea un entramado de solidaridad y de amor recíproco entre los hombres. Por eso, probablemente, el papa Juan Pablo II, influido por este cambio en las relaciones con el mundo se mantuvo enérgico, firme e irreductible en la defensa de estos valores.

Y justamente, para reaccionar contra estos disvalores, el papa Juan Pablo II comenzó por la autocritica de la historia de la Iglesia y de su realidad actual y, en ese camino, llama primero al perdón. Por eso el Jubileo de fin de siglo constituye una forma de encarar los nuevos problemas partiendo de un inicio absolutamente desvinculado de otras connotaciones históricas. Juan Pablo II, el Papa viajero, el Papa carismático, el Papa político, el Papa que nos ayudó a evitar un conflicto bélico que era absolutamente innecesario, es el que hoy venimos a homenajear o a recordar con motivo de su desaparición física. Por muchas razones fue un Papa extraordinario. No fue un reaccionario como pretenden pintarlo algunos comentaristas de la realidad de la Iglesia.

Y terminaré estas breves palabras comentándoles una experiencia personal. Estuve en la plaza de San Pedro el 16 de octubre de 1978 –ante el asombro de los expertos en cuestiones eclesiológicas y del propio pueblo que estaba reunido en la plaza– y recuerdo al conjunto de monjitas argentinas que agitaban banderas de nuestro país y pedían por el nombramiento del cardenal Pironio como Papa. Y recuerdo el estupor general que sobrevino cuando un desconocido –porque en ese momento lo era– fue aclamado desde los balcones como el nuevo Papa.

“*Habemus Papa*”, y el humo blanco comenzó a salir de la chimenea en donde se incineran los

papelitos de la votación. Y nadie imaginaba que un hombre venido de una nación católica pero de un Oriente europeo y que no poseía la percepción de la filosofía de Occidente podía llegar a la magistratura máxima de la Iglesia. Fue una sorpresa para todos.

Ese Papa –que según algunos era de transición, buscado nada más que para poder salir de los sucesivos empates que se produjeron en las votaciones previas, que no registraba antecedentes intelectuales importantes– era un cura humilde. Había sido obrero de una fábrica en su Polonia natal y aficionado al teatro. Él confiesa que dado a elegir entre el teatro o ser cura católico, eligió esto último.

Fue escritor, poeta, trabajador en un astillero y luego en una mina de carbón. Era el ejemplo que tal vez la Iglesia le quiso dar al mundo, porque él fue –y lo siguió siendo durante su mandato– un defensor a ultranza de los pobres, de la justicia social y de la igualdad.

Ha querido el destino que al igual que en aquella tarde fría en su clima pero ardorosa en el espíritu de la gente que rodeaba la plaza de San Pedro, hoy me haya tocado el privilegio de hablar en memoria de este ilustre hombre de la humanidad que dejó en el mundo una secuela imborrable. (*Aplausos.*)

Sr. Presidente (Guinle). – Tiene la palabra la señora senadora Lescano.

Sra. Lescano. – Señor presidente: el Senado está reunido hoy en sesión especial para rendir homenaje a Juan Pablo II, el Papa más popular de la historia, ícono del ecumenismo, verdadero peregrino de la fe y difusor de la paz mundial. Karol Wojtyla llevó adelante el tercer pontificado más largo del catolicismo: veintiséis años, cinco meses y diecisiete días. A lo largo de este período vio la caída del comunismo, pidió perdón por el Holocausto, visitó dos veces nuestro país y recorrió el mundo como nunca antes nadie lo había hecho.

Ha sido el primer Santo Padre que ingresó en una sinagoga y en una mezquita, dando ejemplo de su arduo trabajo para fomentar el ecumenismo y, por esta razón, muchos de sus documentos se referían al respeto entre las religiones.

Asimismo, fue el primer Papa que entró en la celda de una prisión, cuando se encontró en diciembre de 1983 con Alí Agca, el turco que aten-

tó contra su vida en mayo de 1981, a quien, dando testimonio de vida, perdonó y evangelizó.

El Santo Padre consideraba responsabilidad de la Iglesia el lidiar con los temas sociales y constituirse en una institución con verdadera voz propia sobre la situación mundial.

Y en una ocasión dijo: “Me hago portavoz de todas las personas enfermas y que sufren, así como de los pueblos heridos por la pobreza y la violencia, para que surja, para ellos y para toda la humanidad, un futuro de justicia y de solidaridad.”.

Fue un fuerte crítico de las guerras. Trabajó durante todo su pontificado, pero sobre todo hacia el final, para que el mundo cambiase su postura en cuanto al tema de resolución de conflictos, abogando por la paz, en especial frente a los jóvenes, a quienes una vez en un mensaje les dijo: “Hagamos con nuestras manos unidas una cadena más fuerte que las cadenas de la guerra; así seremos verdaderos cristianos.”.

A lo largo de sus encíclicas papales profundizó la eucaristía como centro de la vida cristiana. Expresó su apasionada lucha por el respeto absoluto de la dignidad de la vida humana.

Mostró que el anuncio de Cristo a todos los que no lo conocen, sigue siendo siempre una obligación, pues todo hombre espera en su interior a aquel que es a la vez Dios y hombre.

Gran siervo de Dios y de los hombres, el mensajero de la paz, el estratega de la esperanza, quien durante el cuarto de siglo de su pontificado ha contribuido como ningún otro a hacer al mundo más familia.

La muerte del Papa representa una gran pérdida por toda la humanidad que ha encontrado en él un punto de referencia sabia y amable.

Fiel a la verdad de Dios, Juan Pablo II fue el mayor líder religioso de nuestro tiempo. No hay duda alguna de que aun después de su muerte Juan Pablo II no será olvidado jamás. (*Aplausos.*)

Sr. Presidente (Guinle). – Tiene la palabra la señora senadora Negre de Alonso.

Sra. Negre de Alonso. – Señor presidente: quienes hace varios años vimos *Las sandalias del pescador...* (*Visiblemente emocionada, la señora senadora rompe en llanto.*)

Señor presidente: solicito que por favor le dé la palabra al próximo orador.

Sr. Presidente (Guinle). – Tiene la palabra el señor senador Gómez Diez.

Sr. Gómez Diez. – Señor presidente: simplemente para adherir a los conceptos que acá se han vertido respecto del papa Juan Pablo II.

Durante su pontificado verdaderamente cambió el mundo. Fue el fin de la guerra fría, la caída del muro de Berlín y Europa del Este se abrió a la democracia y al influjo de la fuerte personalidad de lo que se dio en llamar el Papa eslavó.

Encabezó el diálogo ecuménico con otras religiones. Fue un defensor de los valores de la fe y, fundamentalmente, de la familia y de la vida. Por América latina tuvo un cariño entrañable; llamó a este continente como el de la esperanza.

La Argentina le debe especial gratitud al papa Juan Pablo II, porque a él le debemos la paz, puesto que con su mediación evitó la guerra con Chile, que hubiera costado ingente cantidad de vidas a los dos países hermanos. Por eso este homenaje merecido que estamos rindiendo esta tarde a la memoria de un hombre que, fundamentalmente, defendió la dignidad de la persona.

Como acá se ha dicho, no sólo fue un sacerdote ejemplar, sino también un hombre que conocía profundamente la vida, desde el momento en que en su Patria natal fue obrero. De manera tal que conoció la pobreza, el trabajo físico en los astilleros y en las minas de carbón de Polonia. Por eso también fue un hombre que tenía un profundo sentido de la cuestión social, de la cual se ocupó en sus encíclicas y sus cartas pastorales.

Por eso, señor presidente, para el papa Juan Pablo II, que hoy fue al encuentro del Señor, vaya la gratitud del pueblo argentino. (*Aplausos.*)

Sr. Presidente (Guinle). – Tiene la palabra el senador Bussi.

Sr. Bussi. – Señor presidente: simplemente quiero adherir a este sentido homenaje haciendo propias las palabras expresadas por los colegas que me han precedido en el uso de la palabra.

Como algunos de los aquí presentes, he tenido el maravilloso honor de conocerlo en forma personal. Los que también lo han conocido no

me van a desmentir cuando afirmo que, con sólo mirarlo a los ojos, uno se daba cuenta de que estaba frente a un hombre distinto: un hombre de Dios, un hombre de amor.

Con él estamos todos los argentinos dándole nuestro último adiós como hermanos en la fe.

La humanidad pierde a un gran hombre; a un líder magnánimo. Se nos fue el Papa de la familia, el Papa de la vida, el Papa de los más altos valores.

Se trata de una figura insustituible que ha dejado una huella profunda en el corazón de toda la humanidad. Pero los argentinos tenemos para con este Papa un caro agradecimiento: con su mediación, a través del cardenal Samoré, hemos logrado la paz, tal cual decía el señor senador por Salta. Imaginemos qué habría sucedido si dos países hermanos hubiéramos entrado a esa guerra absurda. Gracias a la intervención del Santo Padre logramos evitarla.

Luego, en 1982, cuando estábamos en guerra con el Reino Unido, también vino el Santo Padre a la Argentina a darnos su amor, su acompañamiento; a brindar su corazón.

El “viajero de la fe” emprendió el último viaje. El mundo ha perdido un adalid de la libertad, que deja un vacío en el corazón de todos. Su paso por este mundo no va a ser desperdiciado. Sin dudas, hay un antes y un después de Juan Pablo II.

Sr. Presidente (Guinle). – Senadora Negre: ¿está en condiciones de hablar?

Sra. Negre de Alonso. – Sí, señor presidente.

Pido disculpas, pero es un tema que me toca muy de cerca.

Sr. Presidente (Guinle). – Si prefiere esperar...

Sra. Negre de Alonso. – No, no; ahora quiero hacer uso de la palabra.

Sr. Presidente (Guinle). – Adelante.

Sra. Negre de Alonso. – Decía que cuando veíamos la película *Las sandalias del pescador*, los que ya somos grandes –acá hay senadores más jóvenes– no pensábamos que pudiéramos tener un Papa que viniera de donde él vino.

Yo voy a solicitar autorización para insertar mi discurso porque he preparado una disertación más bien biográfica y documental; pero en

este recinto quería resaltar dos o tres aspectos que me parecen muy importantes. El ecumenismo lo voy a dejar de lado, porque ya lo han tratado. Sí quería resaltar la óptica de Juan Pablo II sobre los derechos humanos.

En el siglo XX fue el gran defensor de los derechos humanos. De hecho, lo fue mucho antes de ser Papa, porque cuando Alemania invade Cracovia, oportunidad en que todavía ni siquiera era sacerdote, él ayudó a escapar a los judíos para que no fueran deportados por los alemanes.

Como dijo el senador Cafiero, trabajando en Solvay y en las minas, clandestinamente organizó junto con otros amigos –algunos compañeros del teatro– la salida de los judíos, ayudándolos así a escapar. Entonces, no fue sorpresa que la primera encíclica del Papa, en 1979, se refiriera a los derechos humanos. En efecto, en su primera encíclica aborda directamente el tema de la defensa de los derechos humanos. Allí, el Santo Padre dice: Nuestro siglo ha sido hasta ahora un siglo de grandes calamidades para el hombre; de grandes devastaciones, no sólo materiales sino también morales, más aun, quizás, sobre todo, morales. Ciertamente, no es fácil comparar bajo este aspecto, épocas y siglos, porque esto depende de los criterios históricos que cambian. No obstante, sin aplicar estas comparaciones, es necesario constatar que hasta ahora este siglo ha sido un siglo en el que los hombres se han preparado a sí mismos muchas injusticias y sufrimientos.

La Iglesia no tiene necesidad de confirmar cuán estrechamente vinculado está este problema con su misión en el mundo contemporáneo. En efecto, en la base del Concilio Vaticano II se ha establecido que la paz se reduce al respeto de los derechos inviolables del hombre, mientras la guerra nace de la violación de estos derechos y lleva consigo aun más graves violaciones de los mismos. Si los derechos humanos son violados en tiempos de paz, esto es particularmente doloroso, y desde el punto de vista del progreso, representa un fenómeno incomprensible de la lucha contra el hombre que no puede contentarse de ningún modo con cualquier programa que se defina humanístico.

Nutrimos la profunda convicción de que no hay en el mundo ningún programa en el que, incluso sobre la plataforma de ideologías opues-

tas acerca de la concepción del mundo, no se ponga siempre en primer plano al hombre. Ahora bien, si a pesar de tales premisas los derechos del hombre son violados de distintos modos, si en la práctica somos testigos de los campos de concentración, de la violencia, de la tortura, del terrorismo o de múltiples discriminaciones, esto debe ser una consecuencia de otras premisas que minan o a veces anulan casi toda la eficacia de las premisas humanísticas de aquellos programas y sistemas modernos.

Se impone necesariamente el deber someter los mismos programas a una continua revisión desde el punto de vista de los derechos objetivos e inviolables de los hombres.

Decía también: La Iglesia ha enseñado siempre el deber de actuar para el bien común, y al hacer esto ha educado también buenos ciudadanos para cada Estado. Ella, además, ha enseñado siempre que el deber fundamental del poder es la solicitud por el bien común de la sociedad. De aquí derivan sus derechos fundamentales. Precisamente en nombre de estas premisas concernientes al orden ético objetivo, los derechos del poder no pueden ser entendidos de otro modo más que en base al respeto a los derechos objetivos e inviolables del hombre. El bien común al que la autoridad sirve en el Estado se realiza plenamente sólo cuando están todos los ciudadanos seguros de ello. Es así como el principio de los derechos del hombre toca profundamente el sector de la justicia y se convierte en medida para su verificación fundamental en la vida de los organismos políticos.

Esta fue la primera encíclica –extractada, por supuesto– de Juan Pablo II en el año 1979.

En el año 1999 –sin perjuicio de que hay otros documentos– en el mensaje del Santo Padre para la Jornada Mundial de la Paz, “El secreto de la paz verdadera reside en el respeto de los derechos humanos”, dice Juan Pablo II: “En 1998 se ha cumplido el 50º aniversario de la adopción de la Declaración Universal de los Derechos Humanos. Ésta fue deliberadamente vinculada a la Carta de las Naciones Unidas, con la que comparte una misma inspiración. La declaración tiene como premisa básica la afirmación de que el reconocimiento de la dignidad innata de todos los miembros de la familia humana, así como la igualdad e inalienabilidad de sus derechos, es el fundamento de la libertad, de la justicia y de la paz en el mundo”.

En dicho mensaje menciona y resalta entre otros los derechos a la vida, a la libertad religiosa –centro de los derechos humanos, a participar en la vida propia de una comunidad–, a no ser discriminado. Dice: “Un signo positivo de la creciente voluntad de los Estados de reconocer la propia responsabilidad en la protección de las víctimas de tales crímenes y en el compromiso por prevenirlo, es la reciente iniciativa de la Conferencia Diplomática de las Naciones Unidas, que, con una deliberación específica, ha aprobado los Estatutos de una Corte Penal Internacional, destinada a determinar las culpas y castigar a los responsables de los crímenes de genocidio, crímenes contra la humanidad, crímenes de guerra y de agresión. Esta nueva institución, si se constituye sobre buenas bases jurídicas, podría contribuir progresivamente a asegurar a escala mundial una tutela eficaz de los derechos humanos.”

Derecho a la propia realización. Todo ser humano tiene derecho a desarrollar sus capacidades.

Derecho humano también en el progreso global en solidaridad. La rápida carrera hacia la globalización de los sistemas económicos y financieros, a su vez, hacen más clara la urgencia de establecer quién debe garantizar el bien común y global, y la realización de los derechos económicos y sociales como derecho humano.

Responsabilidad respecto del medio ambiente como derecho humano y, finalmente, el documento termina diciendo: una cultura de los derechos humanos es responsabilidad de todos.

Quisiera destacar, sin embargo, que ningún derecho humano está seguro si no nos comprometemos a tutelarlos todos: cuando se acepta sin reaccionar la violación de uno cualquiera de los derechos humanos fundamentales, todos los demás están en peligro. Es indispensable, por lo tanto, un planteamiento global de los derechos humanos y un compromiso serio en su defensa. Sólo cuando una cultura de los derechos humanos respetuosa con las diversas tradiciones se convierte en parte integrante del patrimonio moral de la humanidad se puede mirar con serenidad y confianza el futuro.

Y se pregunta: “¿Cómo podría existir la guerra, si cada derecho humano fuera respetado?”

“El respeto integral de los derechos humanos es el camino más seguro para estrechar relaciones sólidas entre los estados”.

También, como decía el senador Cafiero, tuvo una actitud clara con respecto a las guerras de Irak, la de 1991 –para liberar Kuwait y de la que dijo que era una guerra injusta– y la de 2003 –a la que calificó de inaceptable desde el punto de vista moral, precisamente, por el hecho de haber sido definida como una guerra preventiva–.

Buscando una característica que nos reúna en este cuerpo político, más allá de mi posición personal como católica, creo que este es un punto que une y demuestra la solidaridad de todos los espectros ante el fallecimiento de Juan Pablo II. Por eso, lo llamo el líder de los derechos humanos en el siglo XX.

Por supuesto que también sorprendió con el ecumenismo. No me voy a referir a ello, porque ya lo detalló el senador Cafiero. En el Muro de los Lamentos, no sólo rezó, sino que además depositó la oración y pidió de nuevo perdón por el Holocausto.

También los senadores le han agradecido por la misión de paz que cumplió en la Argentina. Tampoco me voy a referir a esto, para no ser repetitiva. Sí quiero ir terminando con una idea que para mí también es muy importante, que nos une más allá de las diferencias ideológicas que podamos tener en este cuerpo: es el pedido del perdón.

En el año 1994, se reunió el Consistorio. Se decidió cómo se iba a implementar el Jubileo del año 2000, cómo la Iglesia Católica iba a anunciar y recorrer el camino del Tercer Milenio.

Juan Pablo II pidió a dos sectores de la Iglesia con distinto pensamiento –el cardenal Ratzinger y el cardenal Echeagaray– que trabajaran sobre dos documentos. Después se iban a unificar las dos posiciones en algo que él quería establecer como el año del perdón, el perdón de la Iglesia al mundo por los errores y pecados cometidos.

Los que hemos leído algo sobre eso sabemos que algunos opinaban que sí, que otros opinaban que no, que finalmente no hubo ni un sí ni un no entre los dos cardenales y que se unificó el pedido de perdón. Fue el célebre pedido de perdón de marzo de 2000, cuando Juan Pablo II, en San Pedro, en la Jornada del Perdón, en primer lugar, dijo que “todos estamos invitados a un profundo examen de conciencia. Uno de los elementos característicos del gran Jubileo es el que he calificado como ‘purificación de la

memoria’. Como sucesor de Pedro, pido que en este año de misericordia la Iglesia, persuadida de la santidad que recibe de su Señor, se postre ante Dios e implore perdón por los pecados pasados y presentes de sus hijos...

¡Perdonemos y pidamos perdón!”

Entonces, ahora, voy a enumerar los perdones que pide el Papa y que algunos diarios han calificado como “el grito del nunca más de Juan Pablo II”.

La memorable ceremonia –creo que no tiene antecedentes en la historia de la humanidad– que llevó a cabo Juan Pablo II, más allá de todas las presiones para que no la hiciera, consistió en confesar y pedir perdón por los pecados en general.

También hizo confesión de las culpas al servicio de la verdad. Dijo que los cristianos, a veces, han transigido con métodos de intolerancia y no han seguido el gran mandamiento del amor, desfigurando así el rostro de la Iglesia, su esposa. “Ten misericordia de tus hijos pecadores y acepta nuestro propósito de buscar y promover la verdad en la dulzura de la caridad, conscientes de que la verdad sólo se impone con la fuerza de la verdad misma”.

En tercer lugar –el nunca más–, hace confesión de los pecados que han comprometido la unidad del cuerpo de Cristo entre los propios cristianos. Y dijo al Señor: “Tu hijo oró por la unidad de los que creen en Él. Ellos –es a nosotros, los católicos, a quienes se refiere–, sin embargo, en contra de su voluntad, se han enfrentado y dividido, se han condenado y combatido recíprocamente. Imploramos ardientemente tu perdón, y te pedimos el don de un corazón penitente...”

Luego hace confesión de las culpas con relación al Estado de Israel. Y dijo el Santo Padre: “Dios de nuestros padres, tú has elegido a Abraham y a su descendencia para que tu Nombre fuera dado a conocer a las naciones: nos duele profundamente el comportamiento de cuantos, en el curso de la historia, han hecho sufrir a estos, tus hijos y, a la vez que te pedimos perdón, queremos comprometernos en una auténtica fraternidad.”

La confesión de las culpas por actos cometidos en comportamientos contra el amor, contra la paz, contra los derechos de los pueblos, contra el respeto por las culturas, contra el respeto

a las religiones. Dijo: “Señor del mundo, Padre de todos los hombres: por medio de Tu hijo nos has concedido poder amar a los enemigos, servir a los que nos odian y orar por los que nos persiguen. Muchas veces, sin embargo, los cristianos han desmentido el Evangelio, y cediendo a la lógica de la fuerza, han violado los derechos de la etnias, de los pueblos, despreciando sus culturas, sus tradiciones religiosas. Muéstrate paciente y misericordioso con nosotros y perdónanos.”

Perdón por los que han herido la dignidad de la mujer y la unidad del género humano y, entonces, dijo: “Señor, tú has creado el ser humano hombre o mujer y has querido la diversidad de los pueblos en la unidad de la familia humana. Sin embargo, a veces la igualdad de tus hijos no ha sido reconocida y los cristianos se han hecho culpables de actitudes de marginación, de actitudes de exclusión, permitiendo discriminaciones a causa de la diversidad de raza, de etnia.

Perdónanos y concédenos la gracia de poder curar estas heridas todavía presentes en tu comunidad a causa del pecado, de modo que todos podamos sentirnos hijos tuyos.

Finalmente, el Santo Padre pide el último perdón en el campo de los derechos fundamentales de las personas. Dice así: Señor, Nuestro Padre, que siempre escuchas el grito de los pobres, cuántas veces tampoco los cristianos te han reconocido en quien tiene hambre, en quien tiene sed, en quien está desnudo, en quien es perseguido, en quien está encarcelado, en quien no tiene posibilidad de defenderse, especialmente en las primeras etapas de su existencia.

Por todos los que han cometido estas injusticias, confiando en la riqueza y en el poder y despreciando a los pequeños, tus preferidos, te pedimos perdón.

Esto fue ratificado cuando él va al Muro de los Lamentos, donde pide nuevamente perdón por la participación de los cristianos en el Holocausto. Y, finalmente, en el año 2002, en la Jornada Mundial de la Paz, dijo lo siguiente: “No hay paz sin justicia, no hay justicia sin perdón: esto es lo que quiero anunciar en este Mensaje a creyentes y a no creyentes, a los hombres y las mujeres de buena voluntad, que se preocupan por el bien de la familia humana y por su futuro.

”No hay paz sin justicia, no hay justicia sin perdón: esto es lo que quiero recordar a cuantos tienen en sus manos el destino de las comunidades humanas, para que se dejen guiar siempre en sus graves y difíciles decisiones por la luz del verdadero bien del hombre, en la perspectiva del bien común.

”No hay paz sin justicia, no hay justicia sin perdón: no me cansaré de repetir esta exhortación a cuantos, por una razón o por otra, alimentan en su interior el odio, deseo de venganza o ansia de destrucción”.

Realmente, señor presidente, fue el Papa del perdón, fue el Papa que reconoció los errores de la Iglesia Católica con respeto y pidió perdón por el pasado y por el futuro.

Finalmente, también nos dejó un mensaje a los políticos católicos, que está volcado en este documento que se publicó el año pasado. Ahí nos dice que debemos ocupar los espacios de la sociedad y luchar respetando la libertad de pensamiento del que tenemos al lado, pero luchar con convicción por nuestras convicciones. Resalta la figura de Santo Tomás Moro, un político que llegó a los altares a través del ejercicio de la política.

Quiero terminar expresando un último pensamiento: a pesar de los grandes cambios acaecidos en las sociedades más avanzadas, las carencias humanas del capitalismo –con el consiguiente dominio de las cosas sobre los hombres– están lejos de haber desaparecido. Más aún, a la falta de bienes materiales que tienen los pobres se les ha añadido la falta del saber y de conocimiento, que les impide salir del estado de humillante dependencia.

Tengo 50 años de vida y he visto pasar a varios Papas: Juan XXIII, Pablo VI, Juan Pablo I y Juan Pablo II. Nunca me ha impactado ninguno como Juan Pablo II, a quien voy a extrañar especialmente este año, porque el 18 de mayo los dos cumplíamos años. Entonces, siempre lo tenía presente, porque cuando le daba gracias a Dios por un año más de vida, también lo hacía por compartir con él el día de su natalicio.

Quisiera que se guarde un minuto de silencio cuando concluyan los homenajes.

Sr. Presidente (Guinle). – Está previsto guardar un minuto de silencio al finalizar las exposiciones.

Está anotado en último lugar el señor senador Terragno.

Sra. Avelín. – Pensé que estaba anotada.

Sr. Presidente (Guinle). – No está anotada, pero se lo hará inmediatamente.

Tiene la palabra el señor senador Terragno.

Sr. Terragno. – Señor presidente: sólo quiero añadir una referencia a un aspecto poco conocido sobre el rol que cumplió Juan Pablo II durante la guerra de Malvinas.

Como se sabe, en Gran Bretaña, cuando el rey Enrique VIII solicitó a Clemente VII la dispensa para divorciarse de Catalina de Aragón para casarse con Ana Bolena y el Papa se la negó, se produjo el cisma. Desde entonces, Gran Bretaña tiene iglesia propia. Nunca desde ese momento, desde el siglo XV, un papa había pisado el suelo británico. Juan Pablo II lo hizo el 29 de mayo de 1982 en medio de la guerra.

El arzobispo de Canterbury, Robert Runcie, había declarado que es muy peligroso el principio según el cual no hay que derramar sangre, porque eso puede llevar a un mundo más injusto y más inestable. Había citado a Jeremías, quien había alzado el puño contra Dios.

También había dicho que ni la oración es necesariamente pacífica. Había invocado a Santo Tomás y a distintos teólogos para justificar lo que llamó la guerra justa.

Pero no era solamente el arzobispo de Canterbury. No era solamente la Iglesia Anglicana.

El arzobispo de Westminster, católico apostólico romano, George Basil Hume, en el "Catholic Herald" había dicho que la guerra era justa y había pedido a Juan Pablo II que suspendiera su viaje a Gran Bretaña.

Juan Pablo II no sólo no lo suspendió, sino que se dirigió por carta a la primera ministra Margaret Thatcher y al general Galtieri pidiendo la tregua, el compromiso y el diálogo. En el caso de Gran Bretaña, no se dirigió a la reina, que era la jefa de Estado, sino a la jefa de gobierno, que era quien conducía la guerra. La respuesta fue decepcionante, porque ni Margaret Thatcher ni Galtieri querían detener esa guerra.

Entonces, el Papa decidió que iba a hacer un viaje pastoral, primero a Londres y luego a Bue-

nos Aires, con la esperanza de imponer una tregua de hecho. En ese momento, se iniciaba la operación sobre Darwin y sobre Goose Green y el imaginó que no se iban a atrever a avanzar en la guerra en tanto estuviera en Londres y Buenos Aires, respectivamente.

Por cierto, todos sabemos que Gran Bretaña, luego de la separación del Vaticano y desde el punto de vista político, desarrolló un imperio que fue desde la India hasta los Estados Unidos y desde Canadá hasta Australia. Pero nunca la Iglesia Anglicana, desde el punto de vista religioso, tuvo la fuerza espiritual y universal de Roma. Eso se siente: el respeto hacia el líder de la Iglesia se siente, pero particularmente, hacia este líder. En Gran Bretaña esto es algo notorio.

Fue muy importante que después del hundimiento del crucero "General Belgrano" y del hundimiento de la embarcación *Sheffield*, el propio arzobispo de Canterbury se viera obligado a reconocer su error: dijo que cuando se sobrepasa cierto límite, ya la guerra no es justa.

Esta frase generó toda una discusión acerca de cuántos muertos hacían falta para que una guerra fuera justa. Pero él invocó a Francisco de Vitoria para señalar que si una ciudad no puede ser reconquistada sin males mayores, el príncipe debe renunciar a la guerra. Bien sabía de lo que hablaba, porque había participado en la Segunda Guerra Mundial. Es más, una vez le preguntaron si alguna vez había matado a un animal y respondió que no, que sólo había matado hombres. Pero luego se arrepintió de aquella glorificación de la guerra y habló de la lógica militar según la cual las hostilidades aumentan, las víctimas se multiplican y todo se convierte en una cuestión de orgullo, porque los objetivos iniciales se tornan imposibles de cumplir para ambas partes.

Juan Pablo II lo sabía y trató de transmitir este mensaje de paz. En otros casos fue escuchado. En éste y en muchos más, no lo fue. Pero creo que sus enseñanzas deben acompañarnos.

Sr. Presidente (Guinle). – Tiene la palabra la señora senadora Avelín.

Sra. Avelín. – Señor presidente, señoras y señores senadores: el Santo Padre, Juan Pablo

II, ha muerto. La humanidad entera está de duelo. Lágrimas de tristeza, sin fronteras, despiden sus restos mortales. Sin embargo, la llama del amor a la humanidad que el encendió está viva y permanecerá viva como testimonio y ejemplo para las futuras generaciones.

Juan Pablo II fue el Papa de la paz, el Papa valiente que levantó su voz en defensa de la vida humana desde la concepción, en defensa y respeto de la dignidad humana, en defensa de los pobres y de los débiles del mundo para que tuvieran pan y abrigo, en defensa del trabajo digno, de la verdad y del perdón y, en definitiva, en defensa de la humanización de la vida y de los pueblos. El nos enseñó el camino que se debía seguir cuando dijo en el *Angelus* del 9 de marzo de 2003, ante la inminencia de una guerra, lo siguiente: “En el actual contexto internacional, se siente con más fuerza la exigencia de purificar la conciencia y convertir el corazón a la paz verdadera... Pero la oración humilde y confiada, fortalecida por el ayuno, permite superar también las pruebas más duras, e infunde la valentía necesaria para combatir el mal con el bien”.

Juan Pablo II fue una luz, entre tanta oscuridad y tantas tinieblas. Fue el Papa de la coherencia, la fidelidad a Jesucristo y al camino de la Cruz. Sus palabras, sus silencios y más aún su propia conducta fueron el testimonio de vida que conquistaron el corazón de los jóvenes de la Tierra. Por eso, hoy la juventud llora al Papa anciano, su líder, el anciano líder de la juventud, y lo llora porque fue el Papa del ejemplo, de los valores, de la fe, de la trascendencia.

Señores legisladores: quiero compartir con ustedes un pensamiento poético que he leído, que sintetiza nuestro sentimiento, cuya autoría pertenece a una par de este Senado, la respetada senadora Curletti. Con su permiso, me permito leerlo a continuación: “Hoy el atleta de Dios, el Papa extranjero que, encorvado y blanco, persistió en su empeño por lograr la paz, el que desde las seis y cuarto de la tarde de un 16 de octubre de 1978 nunca dejó de extender la mano hacia la humanidad universal, acaba de dejar la Tierra, en la que quedan las luces encendidas de su himno y su proclama. Desde la Capilla Sixtina que consagró su nombre, se ex-

pandieron los versos del poeta polaco cuando dijo: Necesitamos fuerza para cargar con este mundo de Dios, por eso llega un papa eslavo, un hermano del pueblo y ya vuelca bálsamos del mundo sobre nuestros pechos”.

Señor presidente, señores senadores: el pueblo y la Nación Argentina le rinden este homenaje de respeto y gratitud eterna al Santo Padre, Juan Pablo II, defensor de la paz entre los hombres. Que descanse en paz. (*Aplausos.*)

Sr. Presidente (Guinle). – Si no se hace uso de la palabra, se va a votar el proyecto de declaración que oportunamente fuera leído por Secretaría.

–La votación resulta afirmativa.

Sr. Presidente. – Queda aprobada por unanimidad la declaración. Se procederá en consecuencia.

Esta Presidencia hace suyas las reflexiones realizadas por los señores senadores que han hecho uso de la palabra e invita a los presentes a guardar un minuto de silencio como actitud de recogimiento en memoria de Su Santidad.

–Puestos de pie los presentes, se guarda un minuto de silencio en memoria de Su Santidad, Juan Pablo II.

Sra. Negre de Alonso. – Pido la palabra.

Sr. Presidente (Guinle). – Tiene la palabra la señora senadora por San Luis.

Sra. Negre de Alonso. – Señor presidente: solicito se someta a consideración del cuerpo el pedido de inserción que oportunamente formulara.

Sr. Presidente (Guinle). – En consideración el pedido de inserción formulado por la señora senadora por San Luis.

Si no se hace uso de la palabra, se va a votar.

– La votación resulta afirmativa.

Sr. Presidente (Guinle). – Queda aprobada.

Habiéndose cumplido con el objetivo de la presente sesión, queda levantada.

–Son las 18 y 26.

RUBÉN A. MARINO.
Director del Cuerpo de Taquígrafos.

5

APENDICE

I

Sanciones del Honorable Senado

1

Convocatoria a sesión especial

Buenos Aires, 5 de abril de 2005.

VISTO:

La solicitud formulada por varios señores senadores y señoras senadoras, en la que se solicita se convoque a sesión pública especial con el objeto de manifestar su pesar por la desaparición física de Su Santidad Juan Pablo II y rendirle homenaje y reconocimiento por su pontificado; y

CONSIDERANDO:

Que dicha solicitud, en virtud de su carácter, se encuadra en las disposiciones reglamentarias en vigencia;

Por ello:

El presidente del Honorable Senado de la Nación

DECRETA:

Artículo 1º – Por Secretaría cítase a los señores senadores a sesión pública especial para el día 6 del corriente, a las 15.30 horas, con el objeto de manifestar el pesar del Honorable Senado por la desaparición física de Su Santidad Juan Pablo II y rendirle homenaje y reconocimiento por su pontificado.

Art. 2º. – Dese cuenta oportunamente al Honorable Senado.

Art. 3º. – Comuníquese.

DANIEL O. SCIOLI.

Juan H. Estrada.

2

Homenaje al Sumo Pontífice Juan Pablo II

–El texto del proyecto de declaración aprobado es el siguiente:

El Senado de la Nación

DECLARA:

Que expresa su profunda congoja por la lamentable desaparición física de Su Santidad, Juan Pablo II, ocurrida el día 2 de abril del corriente año, a los 84 años de edad, en el Vaticano; por su inmensa labor apostólica en todo el mundo y por su incansable trabajo por la vida y la paz de la humanidad y de los argentinos en particular.

Que este Senado habrá de guardar por siempre máxima gratitud al Papa, amigo incondicional de la

Argentina y de su pueblo, cuyas solicitudes y necesidades nunca dejó de atender con especial devoción y empeño.

Que Juan Pablo II fue una personalidad que ha trascendido largamente su Ministerio al frente de la Iglesia Católica Apostólica Romana, y que modificó el rumbo de la historia, cultivó la admiración y el respeto de todos, incluidos quienes profesan otras religiones.

Que nada ha habido en su conducta, su doctrina ni en su mensaje que pueda disuadirnos de que Juan Pablo II ocupa un sitio destacado, quizás solitario, en la cúspide del liderazgo mundial del siglo pasado y de lo que lleva el presente.

Que su honesto *mea culpa* por actos u omisiones de la Iglesia Católica en el pasado, su extraordinaria coherencia intelectual demostrada sin fisuras al momento de perdonar a quien intentó asesinarlo u a otros ofensores, su permanente defensa de la vida en todas sus manifestaciones, su militante prédica por la paz, la libertad y la prosperidad de las comunidades pobres u oprimidas, su valiente e incansable peregrinar por todos los rincones del globo fueron denominadores inescindibles de su diario sacerdocio.

Que le rinde homenaje en su calidad de paradigma de la condición humana y de la vida, como dogma superior y guía de todos los valores, luego de haber permanecido veintitrés años en el Pontificado y ser El Papa del Jubileo del segundo milenio cristiano, el Pastor del perdón y, para los argentinos, el enviado por la Providencia para impedir una innecesaria guerra con la hermana República de Chile.

Que Juan Pablo II volvió a la Casa del Señor dejando al hombre luces y guías, con la rúbrica de quien brindó, aun desde la altura de su poder, un sacrificio postrero, generoso y humilde en el final de su camino en esta tierra; camino plétórico de fe, caridad y esperanza.

Que dispone guardar un minuto de silencio en homenaje a su eterna memoria.

Dada en la Sala de Sesiones del Senado Argentino, en Buenos Aires, a los seis días del mes de abril del año dos mil cinco.

DANIEL O. SCIOLI.

Juan H. Estrada.

II

Inserciones

1

Solicitada por la señora senadora Negre de Alonso

Señor presidente:

Quiero manifestar mi más hondo pesar por la lamentable desaparición física de Su Santidad el Papa Juan Pablo II, ocurrida el día 2 de abril 2005; por su inmensa labor apostólica y por su incesante trabajo y oración a favor de la vida y la paz de todos los seres humanos y de los argentinos en particular. La defensa de los derechos humanos que realizó durante toda su vida, merece también ser destacada. Espiritualmente siempre estará junto a nosotros.

Nació con el nombre de Karol Wojtyła, en Wadowice, un pequeño pueblo al sur de Polonia, el 18 de mayo de 1920. Fue el segundo de los dos hijos del matrimonio integrado por Karol Wojtyła y Emilia Kaczorowska. Su madre falleció en 1929. Su hermano mayor Edmund murió en 1932 y su padre en 1941.

A los 9 años hizo la primera comunión, y a los 18 recibió la confirmación. Terminados los estudios de enseñanza media en la escuela Marcin Wadowita de Wadowice, se matriculó en 1938 en la universidad Jagellónica de Cracovia y en una escuela de teatro.

Cuando las fuerzas de ocupación nazi cerraron la Universidad, en 1939, el joven Karol tuvo que trabajar en una cantera y luego en una fábrica química para ganarse la vida y evitar la deportación a Alemania.

También participó en la resistencia contra Alemania para ayudar a salvar a familias judías.

En 1942 ingresó en el seminario que había fundado monseñor Sábieha, cardenal arzobispo de Cracovia, y comenzó la carrera de teología.

El primero de noviembre de 1946 cantó misa en la capilla privada de Sapieha.

Poco después se trasladó a Roma para asistir a los cursos de la Facultad de Filosofía del Pontificio Ateneo "Angelicum", obteniendo el Doctorado en Teología con la tesis "el Acto de Fe en la Doctrina de San Juan de la Cruz".

En 1948 regresó a Polonia y ejerció su primer ministerio pastoral como vicario coadjutor de la parroquia de Niegowic, en los alrededores de Cracovia, durante trece meses.

En noviembre de ese mismo año obtuvo la habilitación para ejercer la docencia en la Facultad de Teología de la Universidad Jagellónica.

El 17 de agosto de 1949 se trasladó como Vicario a la Parroquia de San Florián, en Cracovia, donde ejerció el ministerio durante dos años, alternándolo con su trabajo de consejero de los estudiantes y graduados de la Universidad Estatal de esa ciudad.

Nombrado profesor de Teología Moral y Ética Social del Seminario Metropolitano de Cracovia, el primero de octubre de 1953, comenzó, en 1954, a impartir clases de Ética en la Facultad de Filosofía de la Universidad Católica de Lublín, en la que dos años después fue nombrado director de la Cátedra de Ética.

El 4 de julio de 1958, a los 38 años, Pío XII lo nombró obispo auxiliar de la Arquidiócesis de Cracovia, bajo el administrador apostólico, Arzobispo Baziak.

Tras la segunda guerra mundial, continuó sus estudios en el Seminario Mayor de Cracovia, nuev. «ente abierto, y en la Facultad de Teología de la Universidad Jagellónica hasta su ordenación sacerdotal en Cracovia el 1 de noviembre de 1946.

Seguidamente, fue enviado por el cardenal Sapieha a Roma, donde, bajo la dirección del dominico francés Garrigou-Lagrange, se doctoró en 1948 en Teología, con una tesis sobre el tema de la fe en las obras de San Juan de la Cruz. En aquel período aprovechó sus vacaciones para ejercer el ministerio pastoral entre los emigrantes polacos de Francia, Bélgica y Holanda.

En 1948 volvió a Polonia, y fue Vicario en diversas parroquias de Cracovia y Capellán de los universitarios hasta 1951, cuando reanudó sus estudios filosóficos y teológicos. En 1953 presentó en la Universidad Católica de Lublín una tesis titulada "Valoración de la posibilidad de fundar una ética católica sobre la base del sistema ético de Max Scheler". Después pasó a ser profesor de Teología Moral y Ética Social en el Seminario Mayor de Cracovia y en la Facultad de Teología de Lublín.

El 4 de julio de 1958 fue nombrado por Pío XII obispo auxiliar de Cracovia. Recibió la ordenación episcopal el 28 de septiembre de 1958 en la Catedral del Wawel (Cracovia), de manos del arzobispo Eugeniusz Baziak.

El 13 de enero de 1964 fue nombrado arzobispo de Cracovia por Pablo VI, quien lo hizo Cardenal el 26 de junio de 1967.

Además de participar en el Concilio Vaticano II (1962-65), con una contribución importante en la elaboración de la Constitución *Gaudium et Spes*, el cardenal Wojtyła tomó parte en todas las asambleas del Sínodo de los obispos.

Fue el primer Papa eslavo de la historia. Gobernó la Iglesia Católica durante casi 30 años y quedará en los anales de la segunda mitad del siglo XX y principios del siglo XXI por su carisma, su estilo y sus ideas.

Su elección al trono de San Pedro, el 16 de octubre de 1978, cuando tenía 58 años, se produjo tras dos días de cónclave y consuituyó una sorpresa, ya que su nombre no figuraba entre los favoritos.

Desde el inicio mismo de su Pontificado Juan Pablo II imprimió su marca particular realizando 99 viajes pastorales fuera de Italia y 142 por el interior de este país. Además, como obispo de Roma ha visitado 301 de las 334 parroquias romanas.

Entre sus documentos principales se incluyen: 14 encíclicas, 13 exhortaciones apostólicas, 11 constituciones apostólicas y 42 cartas apostólicas.

El Papa también ha publicado tres libros: *Cruzando el umbral de la esperanza* (octubre de 1994); *Don y misterio: en el quincuagésimo aniversario de mi ordenación sacerdotal* (moviembre de 1996) y *Triptico romano. Meditaciones*, libro de poesías (marzo de 2003).

Juan Pablo II ha presidido 136 ceremonias de beatificación –en las que ha proclamado 1.310 beatos– y 48 canonizaciones, con un total de 469 santos. Ha celebrado 8 consistorios, durante los cuales ha nombrado 201 cardenales. También ha presidido 6 asambleas plenarias del Colegio Cardenalicio.

Desde 1978 hasta hoy, el Santo Padre ha presidido 15 asambleas del Sínodo de los Obispos: 6 ordinarias (1980, 1983, 1987, 1990, 1994, 2001), 1 general extraordinaria (1985), y 8 especiales (1980, 1991, 1994, 1995, 1997, 1998 [2] y 1999).

Ningún otro Papa se ha encontrado con tantas personas como Juan Pablo II. En cifras, más de 16.700.000 peregrinos han participado en las más de 1000 audiencias generales que se celebran los miércoles. Ese número no incluye las otras audiencias especiales y las ceremonias religiosas [más de 8 millones de peregrinos durante el gran jubileo el año 2000] y los millones de fieles que el Papa ha encontrado durante las visitas pastorales efectuadas en Italia y en el resto del mundo.

Hay que recordar también las numerosas personalidades de gobierno con las que se ha entrevistado durante las 38 visitas oficiales y las 690 audiencias o encuentros con Jefes de Estado y 226 audiencias y encuentros con primeros ministros.

En lo que hace a nuestro País, en el año 1978 inicia una exitosa mediación entre la Argentina y Chile por el Beagle, logrando hacer triunfar una vez más la paz entre los hombres.

Asimismo, pocos días antes de finalizar la guerra de las islas Malvinas, vino a la República Argentina, donde presidió una ceremonia multitudinaria por la paz.

El Papa llegó para compartir una oración y fortalecer el espíritu de un pueblo tocado por la guerra y la muerte. En esa ocasión dijo: *“mi presencia aquí hoy quiere significar la prueba visible de amor en un momento histórico tan doloroso para vosotros como es el actual”*.

Su visita despertó el entusiasmo y la adhesión popular.

Volvió en 1987, en tiempos de paz y democracia; iniciando un peripinaje por las ciudades de Bahía

Blanca, Viedma, Córdoba, Mendoza, Salta, Corrientes, Paraná, Rosario y Buenos Aires. Todas ellas vibraron a su paso. En los actos se reunieron multitudes, y miles de argentinos se volcaron a las calles para manifestar su cariño por el Santo Padre.

En idéntico sentido, Juan Pablo II se interpuso en todos los conflictos que ensangrentaron el mundo e, invariablemente, invocó el perdón, con una perseverancia más fuerte que las divisiones, como camino necesario para una paz verdadera.

Todo lo realizó con una sed de verdad muy viva en una sociedad cansada de mentiras y de modas efímeras. Proclamó siempre sin temor una verdad perenne, una moral insobornable que se alza en defensa de la dignidad del ser humano.

Dentro de su condena a todas las guerras, fueron especialmente valorados sus mensajes sobre las dos guerras de Irak: la de 1991 para liberar Kuwait, a pesar incluso del aval de la ONU, y la de 2003. De la primera, dijo que era “injusta”, mientras que la segunda, la calificó de “inaceptable desde el punto de vista moral”, precisamente por el hecho de haber sido definida como “preventiva”.

Una década después de contemplar la caída del comunismo, el Pontífice visitó Tierra Santa en marzo de 2000 y, rezando en el Muro de los Lamentos de Jerusalén, pidió perdón por los pecados católicos contra los judíos en toda la historia. Además, bendijo el muro y colocó entre los milenarios bloques de piedra un fituch, papelito que contiene pedidos, mensajes, meditaciones y oraciones dirigidas a Dios.

Siempre llamó la atención sobre la suerte de los necesitados y de los oprimidos de mundo, preocupándole especialmente el pago de las deudas externas que pesan sobre los distintos Estados del Planeta.

Juan Pablo II ha sido valorado también, desde dentro y fuera del mundo católico, como un indiscutible líder moral. Sin embargo, en sus posicionamientos sobre temas de interés público, no se ha callado y, por tanto, no ha cambiado sus discursos para recibir menos críticas. Ha sido claro y firme en su defensa de los derechos humanos fundamentales.

El natural sentimiento de afecto y gratitud que todos los cristianos manifestamos a Juan Pablo II, como así también muchas personas no cristianas, es, en el fondo, el reconocimiento de que el Papa nos ha hecho redescubrir lo mejor de nosotros mismos: nuestra relación personal con el Dios que nos ha creado en su infinito Amor.

Ya en su primera Encíclica leemos que el ser humano “es el primer camino que la Iglesia debe recorrer en el cumplimiento de su misión”.

La razón última de su contacto inmediato con el corazón de los creyentes se forja en que la pasión del Papa por el hombre hunde sus raíces en Dios

hecho hombre. Por ello, Juan Pablo II siempre se mostró cercano a cada persona, brotando naturalmente en cada uno de nosotros la necesidad de expresar nuestro agradecimiento de todo corazón. La coherencia fue una de sus virtudes más importante: coherencia entre su ser, pensar, decir y hacer; sirviendo de modelo a sus hermanos.

Asimismo, Su Santidad Juan Pablo II ha tenido un papel decisivo en los principales acontecimientos políticos y sociales de los últimos 26 años: desde la caída del comunismo en Europa hasta el impulso al diálogo interreligioso.

Podemos asegurar que su pontificado pasará a la historia como uno de los de mayor impacto político y social. En sus primeros años consumó el proceso de deshielo en las relaciones entre la Iglesia Católica y los regímenes comunistas. Luego, siguió rompiendo esquemas, tanto en su apuesta por la nueva evangelización en los países liberados del comunismo como en otros ámbitos sociales, en los que podemos incluir los ya aludidos viajes a los cinco continentes, especialmente a África y Asia. Concretamente, a países, en muchos casos, muy alejados del catolicismo.

En tal sentido, con respecto, nuevamente, a la potenciación del diálogo interreligioso en varios ámbitos, quiero agregar que en septiembre de 1986, se reunió en Asís (Italia) con líderes de las principales religiones monoteístas en un histórico Encuentro que ha dado nombre a lo que se conoce como todo un espíritu ligado a la Ciudad de San Francisco.

Además, fue el primer pontífice que pisó una mezquita y que visitó a países ortodoxos, algo impensable antes de 1978

Condujo la Iglesia en su tránsito hacia el tercer milenio, a pesar de los vientos de secularismo y de relativismo moral que soportó en los difíciles años de su pontificado.

En este sentido, otra de las fechas socialmente históricas en el Pontificado de Juan Pablo II es la del 12 de marzo de 2000. En el marco del Jubileo cristiano que la Iglesia celebra contemporáneamente cada 25 años, el Santo Padre pidió perdón, de forma pública y solemne en el Vaticano, por todos los errores y ofensas cometidos por la propia Iglesia Católica en toda la historia.

Fue el llamamiento a la purificación de la memoria un mensaje acompañado, antes y después, por lo que el Pontífice ha sostenido siempre como el gran trípode para la humanidad: *“no hay paz sin justicia, ni justicia sin perdón”*.

Así, convirtió al Jubileo en un momento de introspección global, de reconsideración, de reconciliación y de despertar de la conciencia.

Ya el 31 de octubre de 1992, el Papa había dicho que la Iglesia Católica Romana se había equivocado condenando a Galileo 359 años atrás por haber

anticipado que la Tierra rotaba alrededor del Sol. Gracias a su intervención se reconocieron errores del pasado como el mencionado.

Este tipo de actos, admisión del error y petición de perdón, fue el alma de la llamada de Juan Pablo II para el Jubileo.

En 1994 escribió una carta de 24 páginas a sus cardenales indicando parcelas en las que la Iglesia debía reflexionar en relación con otras injusticias del pasado.

Escribió que las guerras de religión atizadas por la Iglesia en nombre del Catolicismo habían causado violencia y muertes imperdonables. Lo mismo debía decir de la Inquisición.

En una Carta Apostólica posterior dijo que “la Iglesia no puede cruzar el umbral del nuevo milenio sin animar a sus hijos para que se purifiquen mediante el arrepentimiento por antiguos errores... estos errores del pasado son todavía una carga para nosotros... y es necesario enmendarlos”.

Pidió a los católicos que reflexionaran en todo lo que la Iglesia había hecho mal, que lo expiaran y pidieran perdón.

En 1996, Juan Pablo II escribió “los nuevos conocimientos conducen al reconocimiento de la teoría de la evolución como algo más que una mera hipótesis”.

Reflexionó igualmente tanto en su fe como en su pasado personal y reconoció que la Iglesia Católica no había hecho todo lo que habría podido hacer ante los males del nazismo.

El Papa también ha cambiado el mundo por haber sido recibido por multitudes entusiastas de todos los rincones del Planeta; viendo sus danzas tradicionales o escuchando sus conciertos de rock. Todo, creyendo siempre que lo que estaba en juego era ni más ni menos que la salvación de las personas.

En pleno trabajo apostólico, sufrió un atentado el 13 de mayo de 1981 recibiendo varios disparos en plena plaza de San Pedro. Salvó su vida milagrosamente, para seguir trabajando por la Cultura de la Vida insistiendo en la urgente erradicación de la pobreza, condenando la pena de muerte y recordando la necesidad de promover la justicia económica. Todo ello predicando siempre el amor a nuestros hermanos y a Dios por sobre todas las cosas.

Finalmente, quiero terminar estas palabras con el siguiente pensamiento de Su Santidad Juan Pablo II: “Muchas injusticias en el mundo transforman la Tierra en un desierto: la más impresionante de todas estas injusticias es el hambre que sufren millones de personas, con las inevitables repercusiones en el problema de la paz entre las naciones” (Mensaje de Juan Pablo II a la Conferencia de la FAO, 3/11/2001.)

2

Solicitada por el señor senador Gómez Diez

Señor presidente:

El día 2 de abril de 2005, luego de una penosa agonía, falleció en Roma Karol Józef Wojtyła, quien fuera desde el 16 de octubre de 1978, el papa Juan Pablo II. Fue durante más de veintiseis años cabeza de la Iglesia Católica Apostólica y Romana.

Desde el comienzo de su pontificado realizó más de 100 viajes pastorales fuera de Italia llevando su mensaje de concordia a todos los continentes. Durante su largo pontificado, el Papa Juan Pablo II luchó incansablemente en pos del entendimiento entre los pueblos, el respeto a la vida, los derechos humanos, el diálogo interreligioso, la libertad y la paz en el mundo.

Su prédica incansable se manifestó también por medio de numerosos documentos entre los que se destacan sus 14 encíclicas, 15 exhortaciones apostólicas, 11 constituciones apostólicas, 45 cartas apostólicas y cinco libros: *Cruzando el umbral de la esperanza* (octubre de 1994); *Don y misterio: en el quincuagésimo aniversario de mi ordenación sacerdotal* (noviembre de 1996); *Tríptico romano - Meditaciones*, libro de poesías (marzo de 2003); *¡Levantaos! ¡Vamos!* (mayo de 2004) y *Memoria e identidad* (su publicación está prevista para la primavera de 2005).

Los argentinos fuimos testigos de su entrega y esfuerzo a favor de la paz cuando Su Santidad intervino, en dos oportunidades, para evitar la muerte de sinnúmero de ciudadanos argentinos. Fue la mediación papal durante los últimos días del año 1978 lo que evitó un conflicto armado con el hermano país de Chile y, tras larga negociación llevó a la firma del Tratado de Paz y Amistad entre ambos países. En el año 1982, en las instancias previas a la guerra de Malvinas, intentó frenarla infructuosamente. Días antes de la rendición, el 16 de junio, viajó a nuestro país y con su presencia ayudó a la población a sobrellevar el dolor por las muertes de soldados y la derrota. Influyó también en la decisión de las autoridades de no empeñarse en la guerra, ya perdida, y de este modo evitar más sacrificios de vidas.

Denominó a América Latina el “continente de la esperanza” señalando que “ndices verdaderamente deprimentes de insalubridad, pobreza, miseria, ignorancia, analfabetismo, condiciones inhumanas de vivienda y tantas otras realidades no menos tristes” hacían impostergable el trabajar arduamente para modificarlos.

La acción ecuménica de este gran hombre no fue sólo en contra de la guerra sino, fundamentalmente, a favor de la reconciliación entre los pueblos. Tendió puentes para unir a todos los hombres y en el esfuerzo para lograr la paz no discriminó a sus

interlocutores por su religión o posición política. Anduvo todos los caminos necesarios, pidió perdón por los errores del pasado y marco la ruta a seguir para la consecución de la indispensable paz entre los hombres.

Fue un verdadero mensajero de la paz. Prueba elocuente de ello fue, por ejemplo, la carta que dirigió a los hijos e hijas de la Nación Argentina el 25 de mayo de 1982 donde expresó que estaba “... hondamente preocupado por la causa de la paz y movido por el amor a vosotros, tan probados en estos momentos de dolor, desearía dirigirme incluso directamente desde Inglaterra a Argentina y allí, entre vosotros y con vosotros, queridos hermanos y hermanas, elevar la misma plegaria por la victoria de la justa paz sobre la guerra [...] La Iglesia, aún conservando el amor hacia cada nación particular, no puede menos que tutelar la unidad universal, la paz y la comprensión mutua. De esta manera, aún en medio de las tensiones políticas y de las calamidades que comporta la guerra, la Iglesia no deja de testimoniar la unidad de la gran familia humana y busca los caminos que ponen de manifiesto tal unidad, por encima de divisiones trágicas. Son los caminos que conducen a la justicia, al amor y a la paz.” Luego, cuando arribó a nuestro país el 11 de junio de 1982, en su saludo al pueblo argentino reiteró su pensamiento pacifista, extendiéndolo a todo el mundo, cuando dijo: “...Por eso, en este momento la humanidad ha de interrogarse, una vez más, sobre el absurdo y siempre injusto fenómeno de la guerra, en cuyo escenario de muerte y dolor solo queda en pie la mesa de negociación que podía y debía evitarla”.

También mostró su honda inquietud por la elevación de la condición humana y la dignidad del trabajo. Fueron varios los trabajos en los que dejó asentada su preocupación al respecto. Así en la Encíclica *Laborem exercens*, dictada al cumplirse el 90 aniversario de la *Encíclica rerum novarum*, señaló que “... hay que seguir preguntándose sobre el sujeto del trabajo y las condiciones en las que vive, para realizar la justicia social... son siempre necesarios nuevos movimientos de solidaridad de los hombres del trabajo y de solidaridad con los hombres del trabajo. Esta solidaridad debe estar siempre presente ahí donde lo requiere la degradación social del sujeto del trabajo, la explotación de los trabajadores, y las crecientes zonas de miseria e incluso de hambre. La Iglesia está vivamente comprometida con esta causa [...] los ‘pobres’ aparecen en muchos casos como resultado de la violación de la dignidad del trabajo humano: bien sea porque se limitan las posibilidades del trabajo —es decir por la plaga del desempleo—, bien porque se deprecian el trabajo y los derechos que fluyen del mismo, especialmente el derecho al justo salario, a la seguridad de la persona del trabajador y de su familia.”

Insiste, en la Encíclica *Centesimus Annus*, en la dimensión social, la exaltación del bien común y la

necesidad de dar mayor relevancia a la persona humana por sobre la posesión de bienes materiales. Dijo al respecto que: “No es malo el deseo de vivir mejor, pero es equivocado el estilo de vida que se presume como mejor, cuando está orientado a tener y no a ser, y que quiere tener más no para ser más, sino para consumir la existencia en un goce que se propone como fin en si mismo. Aborda aquí también la cuestión ecológica, manifestando que ‘El hombre, insulsado por el deseo de tener rozar, más que de ser y de crecer, consume de manera excesiva y desordenada los recursos de la tierra y su misma vida [...] Además de la destrucción irracional del ambiente natural: hay que recordar aquí la más grave aún del ambiente humano, [...] la primera estructura fundamental a favor de la ‘ecología humana’ es la familia [...] Hay que volver a considerar a la familia como el santuario de la vida [...] El ingenio del hombre parece orientarse, [...] a limitar, suprimir o anular las fuentes de la vida, recurriendo incluso al aborto”. Asimismo, en este documento, también se ocupa del papel de la empresa. En este sentido afirma que “la moderna economía de empresa comporta aspectos positivos, cuya raíz es la liber-

tad de la persona[...] Si en otros tiempos el factor decisivo de la producción era la tierra y luego lo fue el capital, hoy día el factor decisivo es cada vez más el hombre mismo, su capacidad de conocimiento[...] De hecho, hoy muchos hombres, quizás la gran mayoría, no disponen de medios que les permitan entrar de manera efectiva y humanamente digna en un sistema de empresa, donde el trabajo ocupa una posición realmente central. No tienen posibilidad de adquirir los conocimientos básicos que les ayuden a expresar su creatividad y desarrollar sus capacidades. No consiguen entrar en la red de conocimientos[...] Ellos, [...] son marginados ampliamente...”

A través del pensamiento del papa Juan Pablo II, la cuestión social adquirió una dirección humanista que se sustenta en el crecimiento del ser humano en cuanto manifestación de su creatividad y de su dimensión moral.

Es por esto que no sólo los católicos lloramos a nuestro Santo Padre sino que de igual manera lo lloran todos los argentinos y todos los hombres del mundo.